

de los que creen que es sólo usura el interés del dinero. Lo es el de todos los capitales, ya consistan en numérico, ya en valores, ya en bienes raíces. El dinero no es más que una de las formas del capital, y sería contradictorio que se considerase usura el interés que por él paga el prestatario y no el que por la tierra paga el colono.

¿Crearía también León XIII que sólo merece el nombre de usura el interés excesivo? No nos atrevemos ni a sospecharlo. Si tal hubiera, incurriría en otro error lamentable. *Usura est quidquid sorti accrescit*, decía, con razón, el antiguo derecho de Roma. La usura está, no en la cuantía del interés, sino en el interés mismo: o hay que condenarlo en absoluto, o en absoluto hay que aceptarlo y permitirlo. ¿Qué criterio podría nunca dársenos para que determináramos dónde el exceso empieza? El interés del dinero, como el de todo género de capitales, es de suyo variable, y obedece a la ley general de la oferta y la demanda. El del dinero depende

además de la garantía real o personal del mutuario. ¿Por dónde cabrá nunca sujetarlo a norma y regla? Fijó un tiempo el Estado el del metálico, y no por esto consiguió librar de mayores intereses al que no pudiera garantizar el importe del préstamo con su crédito o bienes. Hoy, no porque sea libre el interés, es más esclavo de la usura el menesteroso.

Nuestro Código civil, no sólo ha declarado libre el interés, sino que también lo ha concedido por los intereses vencidos desde que judicialmente se los reclame. Sus autores han sido, a no dudarlo, fieles a los principios sobre que descansa la organización de nuestras sociedades. Son reprobables por no haber tomado en cuenta las aspiraciones de los pueblos ni haber siquiera preparado la civilización que viene; no lo son, ciñéndonos a la civilización que existe. La sociedad toda tiene por base la usura: o hay que volver de abajo arriba la sociedad, o respetar la base.

F. PI Y MARGALL

Diálogo acerca del escepticismo

—Nada, amigo mío; que las ideas hechas son una verdadera calamidad. Están en la circulación como las patatas, como los zapatos, como las letras de cambio, y parecen indispensables. Ellas son los útiles de las inteligencias mecanicistas. Y claro, no resulta comprensible aquel que no se acomoda a los preconceptos usuales. Es un monedero falso que perturba la circulación.

—Pues a mi me parece que el escéptico no distingue de valores y los acepta todos aunque no crea en su legitimidad. El hombre sin creencias, no digo sin fe, que es ciega, resulta realmente incomprensible y repugna desde luego al buen sentimiento que acierta reputándolo falsario.

—No hablemos del escéptico vulgar, del hombre degradado que tiene del

escepticismo las plumas brillantes y de la corrupción la entraña. No hablemos tampoco del escepticismo de escuela. En el sentido corriente de la palabra, escéptico es el hombre culto cuyos distintivos son un fuerte espíritu de análisis y la rebeldía al encasillamiento intelectual. Las gentes ilustradas, así en las clases pudientes como entre las menesterosas, propenden cada vez más a la duda y tienen el furor de examinarlo todo continua y porfiadamente. Las creencias están en bancarrota.

—Bien, lo que quieras; pero aun así el escepticismo es dañoso porque mata el espíritu de iniciativa y de acción. Hombre sin idea directora es como ciego sin guía. Camina a tientas, vacila y, en fin de cuentas, no sabe nunca si avanza, retrocede o se está quedo. Conoce e ignora a un mismo